pagar. ¡Que nos despida el dueño si quiere: no nos faltará donde ganar el pan trabajando.

.....

VI.

La tarde de este mismo día, mientras la señora Raynaud, que se había levantado, dormitaba en un sillón, Antonieta terminaba la carta á su hermana Magdalena.

«Tenía razón, hermana mía, al decirte esta mañana que la *posdata* de mi carta sería la noticia de la victoria. He pagado todo lo que debía: los alquileres atrasados, los meses de asistencia de la pobre señora Felipe, algunas pequeñas deudas en el barrio, y aún me encuentro en posesión de más de quinientos francos. Así querida mía, no nos envíes nada este mes ni el que viene, pues tendrás ya necesidad de reponer tu guardarropa, que debe estar bastante deteriorado.

»¿Cómo se ha operado este milagro? Voy á decírtelo.

(Aquí Antonieta refería ingénuamente su aventura de aquella mañana, dejando entrever gran entusiasmo respecto al joven tan distinguido, tan elegante y tan bondadoso que se le había aparecido aquella mañana como un ángel al borde de un abismo.)

»Y figúrate que aun no lo he dicho á mamá: tengo deseos y temor de decírselo..... ¡Está tan débil!

»Atormento en vano mi imaginación y mi espíritu buscando un medio de preguntar algo á mamá acerca de Paulina Beaurevert, pues tiene buena memoria y no la habrá olvidado.

»En fin, ¿qué quieres que te diga? Tengo necesidad de convencerme de la legitimidad de esta devolución. Desde esta mañana tengo dudas que llenan de temor mi alma, y hasta no acuerdo de estas crueles palabras que oí á dos jóvenes que pasaron á mi lado esta mañana:

—«Es una muchacha demasiado hermosa para ir á pie,—dijo uno de ellos.

»Sea lo que quiera, deseo salir dudas, y en cuanto mamá se despierte, porque ahora duerme en un gran sillón, la hablaré acerca del particular.

»Te abraza un millón de veces y besa tus sonrosadas mejillas y rubios cabellos, tu hermana,

ANTONIETA.»

»P. D. 2ª. Después de leer esta carta, no he podido menos de admirarme de haber escrito un pliego de papel hablando de nuestro salvador. ¡Cómo se conoce que no tengo más que veinte años!»

Cuando Antonieta cerró la carta, se despertó la señora Raynaud.

—¿Todavía estás trabajando, hija mía?—dijo.

—No, mamá,—respondió Antonieta.—He estado hablando á Magdalena de tí, de mí, del antiguo colegio. No sé por qué me he acordado hoy de una de ellas,—añadió con mucha volubilidad,—á pesar de que tenía más años que yo.

—¿De quién?—preguntó la señora Raynaud, que hablaba siempre con gusto de las niñas que había educado y emprendieron el vuelo por el mundo.

—¿Te acuerdas de Paulina?

—¿Paulina Duval?

—No—dijo Antonieta,—de Paulina Beaurevert.

—¿Cómo no he de acordarme?—dijo la señora Raynaud muy conmovida de pronto.—¡Pobre muchacha!

—Era pobre, ¿no es verdad?

—Al contrario, su padre, el barón de Beaurevert, tenía una gran fortuna.

—¡Ah!—exclamó Antonieta sintiendo que una angustia horrorosa la oprimía la garganta; mas concibió, sin embargo, una esperanza, esperanza verdaderamente insensata, la de que Paulina, al saber los apuros que pasaba su antigua institutriz, había apelado á pedir auxilio á su primo para una piadosa mentira.

—Pero ¿por qué al hablar de ella dijiste: "pobre muchacha?"

—Porque murió el día antes de casarse, á los diecinueve años,—respondió la señora Raynaud.

Antonieta lanzó un grito y cayó desmayada en su silla. Comprendía al fin y creyó oír vibrar todavía en sus oídos las obscenas palabras que los jóvenes habían proferido aquella mañana al decir que era digna de tener coche.

.....

VII

—Señores,—dijo el presidente del Club de los Espárragos en el momento en que la mayoría de sus miembros se reunían en el salón después de terminada la comida,—he recibido hoy una solicitud de admisión de un título extranjero, lo que, como veis, nada tiene de grave. Además el peticionario ocupa una buena posición.

¿De quién se trata?—preguntó uno de los miembros del círculo, el señor Oscar de Marigny, á quien vimos la antevíspera á las seis de la mañana hablando con su amigo Agenor de Morlux en una de las aceras de la calle de Anjou.

—Apuesto á que se trata de lord Ewil,—dijo el baroncito Benjamín.

—No,—contestó el presidente,—lord Ewil está en la India. Además era miembro del club cuando vivía en París.

—¿Es el marqués de Santa Fé, ese raro napolitano que posée tan buenos caballos?

—Tampoco ese honrado.

—Será ese banquero holandés,—dijo Oscar.—que viaja solo con su cocinero y que mandó instalar los hornillos en el vagón.

—Voy á ayudaros á descifrar el enigma ya que este tenía esas proporciones,—contestó el presidente.—¿Quién de vosotros asistió á la primera representación de *El suplicio de una mujer?*

—Todos.

—¿No os acordáis de haber visto en un palco proscenio á una mujer muy morena, un poco pálida, de aspecto altanero y fatal?

—Sí,—contestó Oscar;—y confieso que no recuerdo haber visto hermosura más siniestra.

—¿Os acordáis de un hombre que entró en el palco, en el que ella estaba sola, al terminar el espectáculo y en el momento en que todos aplaudían?

—Sí, contestó Oscar.

—Ese hombre la echó un abrigo sobre los hombros, la ofreció el brazo y salió sin que nadie pudiera fijarse en él.

—Escepto yo,—dijo Oscar.—Es un hombre de mediana estatura que representa de treinta á treinta y seis años. Tiene los ojos azules, la barba negra y espesa, manos pequeñas y el aspecto de gran señor. ¿Es él?

—Precisamente.

—Esta misma tarde he preguntado quiénes eran, y me han contestado que son rusos,—añadió Oscar.

—Rusos son.

—¿El marido y la mujer?

—Sí.

—¿Y es el marido el que quiere entrar en el club?

—Hé aquí su solicitud—contestó el presidente,—firmada por los señores B. y M. de R., nuestros dignos compañerós.

—¿Cómo se llama?—preguntó Agenor de Morlux, que entró en aquel momento.

—El mayor Avatar, tiene un nombre muy raro hasta para un ruso,

—Es un nombre indio.

—No es un nombre, es un verbo que significa encarnarse,—respondió el presidente.—Cuando os refiera su historia, que me ha referido un príncipe ruso á quien todos conocemos, el Coronel Karinoff, os explicaréis ese nombre.

Los circunstantes formaron círculo alrededor del presidente, que prosiguió en estos términos entre el humo de los cigarros:

—Ya sabéis que la Rusia moderna se parece bastante á la antigua Roma: asimila los pueblos vencidos y se los incorpora, atrayendo á San Petersbugo para colmarles de honores y sujetar con dorada cadena, lo mismo al circasiano vencido que al persa sometido. La Rusia de Europa es una provincia pequeña comparada con la Rusia Asiática. El pabellón que flota en las baterías de Cronstadt y en las neveras de Finlandia, se encuentra en el fondo de la India, y el czar cuenta hoy entre sus súbditos hombres de todas las religiones. El abuelo del mayor Avatar era indio, y su padre amigo íntimo del Schamyl; después abandonó la causa del emir circasiano y se estableció con sus ganados, sus mujeres y sus esclavos en medio de los tziganos que acampan á orillas del mar de Azoff. A los quince años el mayor entró en San Petersburgo en el cuerpo de cadetes. A los dieciocho le enviaron al Cáucaso, nombrándole subteniente. Los circasianos le hicieron prisionero. Schamyl, que estaba entonces en todo su apogeo, reconoció al hijo del amigo que le había hecho traición y que

so condenarle á muerte. Una hija deSchamyl, con la cual repitió la novela del general Yussuf con la hija del bey de Argel, le salvó. El mayor ha viajado mucho. Ha visitado la India, cuna de su familia, y al servicio de la Compañía de Indias, conquistó el empleo de mayor. Todo esto después de haber estado seis años prisionero en el Cáucaso. Es rico, es valiente y tiene una mujer hermosa con la que se casó no sé dónde. Para terminar diré que no juega nunca; os propongo, pues, su admisión como miembro extranjero.

—¡Adoptado! ¡Adoptado!—dijeron todos y, como de costumbre, se procedió á la votación, y el mayor fué admitido.

—Señores—dijo el presidente sonriéndose, —estaba tan seguro de este resultado, que ayer invité al mayor Avatar á presentarse. Creo que el señor B. le servirá de introductor.

—¿Cuándo?

—Ya sabéis que B. no tiene nunca prisa. Va á su tertulia antes de venir aquí. Si se presenta á media noche, lo hará en obsequio del mayor.

El reloj dió las once y media y Oscar de Marigni dijo sonriéndo:

—Señores, para matar el tiempo, supliquemos á Agenor que nos cuente la historia de sus amores.

—No—dijo Agenor,—la fruta no está aún madura.

—¿Pero al menos la habrás puesto al sol?

Agenor miró á su amigo de reojo.

—¿Rabias de celos?

—Ya sabes como pienso en el asunto.

Agenor se encogió de hombros.

—En vez de predicarme un sermón, juégame cinco luises á cinco puntos al ecarté. Quiero ahorrar para amueblar decentemente el cuarto de mi amada.

Se sentaron á una mesa de juego y continuaron la conversación.

—¿Has adelantado algo?

—La he hablado esta mañana.

—¿Te contestó?

—Siempre se contesta á un hombre que se presenta con un billete de mil francos en la mano, horas antes de hacerse un embargo.

—Amigo mío,—dijo Oscar en voz baja,—si no me das explicaciones más claras, te anuncio que no te creeré.

—Voy á explicarme. Cuando nos separamos encontré á mi ayuda de cámara que había adquirido nuevas noticias. Iban á embargar todo lo que posee la pobre muchacha á instancias de su casero. La esperé. A las nueve salió. La seguí. No me engañé; iba á casa del casero, que vive en la calle de Angulema. Esperé de nuevo. Salió llorando; entonces me acerqué á ella y la hablé de la señora Raynaud y de una muchacha que se había educado en su colegio, suponiendo que era prima mía.

—¿Lo que no es verdad?

—En mi vida oí hablar de ella.

—¿Cómo averiguaste su nombre?

—Fué, Juan, que la víspera encontró en la tienda un papel en que se leían estas palabras: "Colegio de la señora Raynaud.» Más abajo: "Premio de dibujo,» y á renglón seguido: "Primer premio, á la señorita de Beaurevert. (Paulina) de Saint Malo.» Con estos datos comencé la novela que ha tenido un éxito indecible.

—¿Y le diste el billete de mil francos?

—Todo lo delicadamente posible, pero está que lo recuperaré.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Esperaré algunos días.

—Bueno.

—Ella esperará en mí; á las muchachas les pasa eso.

¿Luego?....

—La escribiré, entablando de este modo una casta correspondencia *con buen fin*, como dice el vulgo.

Oscar miró á su amigo.

—¿Y si caes en tus propias redes?

—¡Cualquier cosa!

—Amigo mío, todas esas mujeres pervertidas y coquetas de nuestro mundo que nos arruinan, son menos diplomáticas que una joven honrada que quiere un marido y no un amante.

—¡Bah!—dijo Agenor con fatuidad.

En aquel momento se oyó un rumor por los salones, y se presentó el mayor Avatar.

VIII.

El mayor Avatar era un hombre seco y hasta un tanto frío al que presentó M. B., y dió las gracias por la honra que se le había dispensado, habló poco y no satisfizo sino

imperfectamente la curiosidad general, que esperaba la narración de sus aventuras.

Era, por otra parte, hombre de correcta distinción y hablaba un francés perfectamente puro como todos los rusos de la aristocracia. Se intentó varias veces hacer recaer la conversación sobre el Cáucaso.

El mayor respondió lacónicamente, dando algunos detalles muy breves, pero de una exactitud maravillosa, y haciendo comprender que el papel de narrador no era de su gusto. No jugaba nunca; pero era aficionado al billar, según dijo M. B....

No tardó en presentarse uno que quiso jugar con él, y jugaba con tanta habilidad, que un momento después estaba materialmente rodeada de curiosos la mesa de billar del club.

—¿Desde conocísteis al mayor, marqués? preguntó el presidente á M. B.... luego que se quedaron solos en el salón de fumar.

—En París, hace quince días.

—Creía que os habías conocido en el extranjero.

—No; voy á decirte como le conocí, que es de una manera menos superficial de lo que te figuras.

—Veamos.

—Ya sabes que he viajado mucho.

—Sí.

—He recorrido la Crimea, el Cáucaso, llegando hasta la Persia; de esto hace diez años. A mi regreso, me detuve en las orillas del mar de Azoff, y fuí huésped del padre del mayor, que me habló mucho de su hijo, entonces prisionero de Schamly.

—¡Ah! Continua.

—Hace quince días que el mayor se presentó en mi casa, invocando la hospitalidad que me dió su padre.

Yo como puedes figurarte,—añadió el M. Su de B.—me puse enseguida á su disposición. mujer es encantadora, un tanto altanera, pero de un gran talento. En cuanto á su fortuna, no creo que pase de los límites regulares, á juzgar por el tren de su casa, que es de lo más sencillo. Habitan una pequeña casa en la villa Said, y sólo tienen un carruaje á la orden. Pero se dice que el mayor tiene magníficos caballos que trajo de Oriente, y que trotan de una manera admirable.

Mientras el M. de B... daba estos detalles al presidente, el mayor acababa su partida de billar; se despidió de los socios del club y salió sin llamar la atención,

Eran las dos de la madrugada, y la noche clara y fría.

El mayor recorrió á pie los boulevares; á la altura de la Magdalena estaba parado un carruaje de un caballo.

Se acercó sin afectación, miró á su alrededor para ver si alguien le había seguido, abrió la portezuela, y una mano de mujer cogió la suya haciéndole subir.

—Ven,—dijo la del coche.—A pesar del calorífero que tengo á los pies estoy helándome. ¿Y bien?

—Es un hecho.—dijo el mayor.—Me presentó.

Y dijo al cochero:

—Villa Said.

El carruaje partió y el mayor prosiguió en estos términos:

—Gracia á tí me encarné perfectamente en la piel del mayor Avatar. Todos los documentos que me has proporcionado son exactos. ¿Le has conocido tú?

—Como á tí,—contestó la mujer.

—¿Estás segura de que ha muerto?

—Exhaló el último suspiro en mis brazos, en Marsella, hace tres años. Murió en un hotel en que nadie hablaba el ruso. Hice la declaración de su fallecimiento, pero bajo otro nombre, presintiendo que estos papeles podrían servirme algún día. Así que puedes estar tranquilo, amo,—añadió besándole la mano con respeto entusiasta.—Pero ¡qué necia soy! Olvidaba que tengo que darte una noticia.

—¡Ah!

—Ha llegado Milón.

—¡Por fin!—exclamó el mayor.

—Llegó una hora después que tu saliste, y te esperaba con impaciencia.

—Sin embargo, no podremos esta noche comenzar las pesquisas relativas al escondite.

—Ha ido á Roma, como le mandastes.

—¿También se ha encarnado en otro?—dijo el mayor echándose á reír.

—Sí; tiene todos los papeles relativos á la personalidad de José Bandoni, antiguo ayuda de cámara del príncipe Costa-Frederica; pero no es esto lo que le preocupa.

—Sí, lo sé. Quiere buscará las niñas, y yo el escondite; porque no tardará en llegar un momento en que se nos acabe el último car-

tucho del dinero que guardé como una pera para la sed, al entrar en presidio y hemos de sostener nuestra posición.

El carruaje iba á buen paso.

Subió los campos Elsisos, atravesó la glorieta de la Estrella y entró en la avenida de la Emperatriz.

A la entrada de la villa Said, un hombre de estatura colosal se paseaba por delante de la puerta, interrogando el horizonte y dando las señales de vivísima ansiedad.

—¡Ah! amo,—dijo en el momento en que se detuvo el carruaje,—hace dos horas que cuento los minutos.

Al apearse el mayor le besó respetuosamente la mano.

—¡Pobre viejo!—dijo el mayor.

Al pasar por delante del reverbero de la portería, le miró de piés á cabeza y le dijo:

—Veamos si supistes hacerte una cabeza verdaderámente italiana; vamos, no está del todomal.

Milón, porque era él, así como ya se habría adivinado el mayor Avatar era el Cientodieciseis, estaba verdaderamente metamorfoseado. Habían transcurrido seis meses desde que los dos compañeros de cadena habían roto sus grilletes y recobrado su libertad.

El buque malités que mandaba el Cientodieciseis hizo rumbo á Italia.

Milón y el Cientodieciseis se separaron momentáneamente.

Milón regresaba de Roma, donde un antiguo miembro del Club de los Explotadores, como lo era también Noel el herrero, proporcionó al nuevo discípulo del Cientodieciseis un estado civil perfectamente arreglado.

El contraste de la barba negra y el pelo blanco, que daba á su fisonomía cierto carácter de dureza, le desfiguró por completo.

Durante los seis meses que acababan de transcurrir, había aprendido el italiano, con gran facilidad por cierto, porque era de origen provenzal y nunca se había podido corregir del acento lento y desagradable que es patrimonio de las razas meridionales.

Los tres entraron en el hotelito que el mayor Avatar había alquilado y amueblado, y a berlina se alejó,

La servidumbre del mayor Avatar se componía de un ayuda de cámara, bajo cuya librea habrían reconocido en el presidio de Tolón al herrero Noel, y de una cocinera que Vanda tomara en Turín y que apenas sabía algunas palabras de francés.

—Ahora amigo mío—dijo el mayor cuando estuvieron solos en el tocador de Vanda; —hablemos.

Se quitó el abrigo forrado de pieles que usan generalmente los rusos de distinción que llegan á París, se puso una bata que le presentó Vanda, encendió un cigarro y colocó los piés en un taburete.

—Hablemos—repitió Milón como un eco.

—?Tienes aún dinero?

—No, lo concluí, pero sé dónde está el tesoro.

—Al meno lo sabías.

Se estremeció Milón.

—¿Qué decís, amo?—dijo.—¿Lo encontrásteis ya?

—No, pero me temo que no le encontraremos con tanta facilidad.

—Sé dónde está.

—?Sabes que mientras hemos estado allá abajo, París ha sufrido un cambio radical?

—¿Y qué?

—Que han desaparecido muchas calles, construyéndose otras nuevas....

—Han podido destruir la casa, pero la cueva no.

—La cueva también. Ahora, dime en qué barrio hiciste ese extraño depósito.

—En el barrio de los Inválidos.

—¡Ah!

—Cerca de la Escuela Militar, entrando en la calle de Grenelle, en el Gros Caillou.

El mayor respiró.

—Afortunadamente ahí se hicieron pocos cambios. Mañana veremos. Ahora hablemos.

—Escucho—dijo Milón.

—¿No tienes datos acerca de los tíos de tus dos huérfanas?

—¿Por qué me lo preguntais?

—¡Qué diantre!—respondió el Cientodieciseis.—No es sólo ese dinero lo que necesitamos.

—¿Pues qué más, entonces?

—La fortuna robada por esos hombres á sus sobrina.

—¡A tanto os comprometéis, amo!

—Así lo haré,—respondió friamente el barón.

Milón juntó las manos.

—Pobres hijas mías!—murmuró,—y una lágrima se desprendió de sus ojos.

IX

Al día siguiente, á eso de las doce, dos hombres atravesaban el puente de Alma con dirección á la esplanada de los Inválidos, y con sus blusas blancas, sus gorras de paño negro llenas de manchas de yeso y su paso pesado, parecían ser dos honrados hijos de Creuse ó de Limosin, de esos que acuden á París en busca de trabajo.

Uno de ellos, el más alto, se detuvo al llegar al extremo del puente, y dirigió á su alrededor una mirada investigadora.

La luna, desprendida de su acostumbrada aureola de niebla brillaba en el cielo.

—¡Cómo ha cambiado todo!—dijo.

—¿Te lo parece?

—¿Qué calle es esa que se extiende delante de nosotros?

—La prolongación de la avenida de Latour-Maubourg.

—Pero, ¿dónde está el Campo de Marte?

—A la derecha.

—En este caso tenemos que atravesarle: os he dicho que era á la entrada de la calle de Grenelle,—dijo Milón,—á quien volvemos á encontrar en compañía del Cientodieciseis convertido en el mayor Avatar, y usando ambos un nuevo disfraz.—¡Oh! Es toda una historia, amo.

—Veamos.

—Un año antes que la señora se decidiese á sustraer á sus hijas al odio de sus hermanos, hizo un viaje á su país, á Alemania, y me dejó al cuidado del hotel.

Una parienta mía que habitaba en el Gros-Caillou, tenía una tiendecita de vinos y licores, que frecuentaban los albañiles y obreros del barrio que iban á comer allí.

Durante la ausencia de mi señora, iba yo á verla algunas veces, y ya sabéis que me gusta beber un trago y jugar una partida de dados. Como por entonces no tenía nada qué hacer, acabé por ir todos los días, y me hice amigo de todos los albañiles y maestros de obras del barrio, hasta el punto de tutearme con todos.

La taberna era una especie de barraca de tablas, levantada en un solar de la calle, á la entrada á la derecha. El solar lo tenía alquilado por doce años el marido de mi parienta. El pobre hombre murió, y en la época á que me refiero iba á terminar el arriendo.

Pero el propietario del terreno, que en un principio se habría propuesto levantar una gran casa, no lo hizo sin duda por falta de medios para ello; expirado el plazo, dejó á mi parienta tranquila, dividió el solar en dos partes iguales, y en una puso los cimientos de una casa.

La última vez que ví á mi parienta, la víspera del regreso de la señora, la encontré anegada en llanto. Se creía arruinada.

Transcurrido algún tiempo, volví á verla: estaba muy satisfecha y tenía la taberna llena de gente.

Daba de comer no sólo á los albañiles, si no además á los carpinteros y á los hojalateros, empleados en la construcción de la nueva casa. El término de arriendo en vez de ser para ella una desgracia, fué su fortuna.

Al mismo tiempo que se levantaban las paredes que iban subiendo, se construían las cuevas. Por fin, la señora me confió la cajita que contenía un millón. Estuve durante cuarenta y ocho horas pensando dónde colocaría el dinero para que estuviese en seguridad. Ya sabéis que un hombre como yo no tiene imaginación,—añadió Milón,—y los pobres que tienen que ocultar un tesoro no tienen muchos sitios para elegir; lo esconden en su gergón ó hacen un agujero en las paredes de su cueva. Enseguida me acordé de ésta, pero como no tenía ninguna á mi disposición, pensé en aquellas cuevas que estaban haciendo en Gros-Caillou, al lado del tenducho de mi parienta.

No vacilé un momento más y fuí tres días seguidos á la taberna y reanudé mi conocimiento con mis amigos los albañiles.

Al cuarto me presenté muy compungido.

—¿Qué tienes Milón?—me dijo el destajista de la obra, un obrero limosino que me había tomado cariño porque decía que yo era el único que le podía hacer competencia bebiendo.

—Mi señora me ha despedido porque tuve una cuestión con ella,—le respondí.

—¿Y tenéis colocación?

—No, y no quiero volver á servir más.

—¿Podéis vivir de vuestra renta?

—No: lo primero porque no tengo rentas y después porque no viene bien eso de servir.

Quiero trabajar. No tengo aún cincuenta años y soy muy sólido como veis.

—Es verdad,—me dijo,—podríais ser un buen cantero ó un peón regular. Vamos, no hay inconveniente y os ajusto á razón de cien sueldos al día.

—No, no me acomoda; prefiero trabajar á destajo, á tanto por toesa de obra de fábrica.

—¡Choca! — me dijo. — Mañana á trabajar.

Bebimos una botella y me fuí.

Me presenté al día siguiente puntualmente en la obra y me preguntaron si quería trabajar arriba ó abajo.

Abajo,—dije;—el aire de las cuevas es más sano.

—¡Cómo se vé que os gusta echar un trago!—me dijo el destajista.

Milón se interrumpió al llegar á este punto.

El Cientodiecisiete y él estaban en el Campo de Marte.

—Debo deciros, amo,—continuó el coloso, —que soy provenzal, he sido albañil en mis primeros años, habiendo trabajado en los alrededores de Marsella.

Pronto conoció el destajista que sabía el oficio en cuanto me vió cojer las herramientas.

—Vamos, muchacho,—me dijo,—creo que podremos entendernos.

Me encargó la construcción de una cueva, que era precisamente lo que yo quería.

Sucedía esto en el verano, y los que trabajaban á jornal entraban á las seis de la mañana y se iban á las seis de la tarde, pero los que tenian algún tajo, trabajaban una hora más, sobre todo siendo laboriosos, y en cuanto á mí, iba á la obra mucho antes de las seis y algunas veces á las cuatro y media.

Cuando tuve bien tomadas todas mis medidas y una mañana en que me hallaba sólo, á eso de las cinco menos cuarto, quité un sillar de su sitio y metí la arquilla en el hueco y después volví á colocar la piedra en su sitio cimentándola, ¡y ni visto ni oído!

Ya podéis suponer,—añadió ingénuamente Milón,—que una casa no se hace para ocho días, y pasarán quizá cien años antes que echen eso abajo.

—Perfectamente,—dijo el Cientodiecisiete; con ligera ironía. ¿Pero no señalaste la piedra?

—No, es la sexta entrando á la izquierda.

—¿Y la cueva?

—Está al extremo de un corredor subterráneo que termina en la escalera de las cuevas.

—Muy bien; supongamos que la casa esté en pié todavía; ¿estará habitada?

—Sin duda.

—¿Cómo piensas penetrar en la cueva?

—Tengo ya mi plan formado,—dijo Milón con aire ladino, y continuaron su camino.

—¿Y cómo abandonaste la obra?

—Muy sencillamente. Dos días después propuse una partida de á los cientos el patrón con dos litros como puesta; le negué un tanto, se enfadó, me enfadé yo más y le tiré las cartas á la cara. Como era yo más forzudo que él, en vez de arrojarse sobre mí, me dió la cuenta, y me despidió con lo que yo volví á casa de mi señora.

—¿Y tu parienta?

—Me creyó culpable, como todo el mundo, pero no renegó de mí, porque de vez en cuando me enviaba allá abajo algún napoleón; hasta que llegó un día en que no supe nada más de ella, y me figuro que habrá muerto.

—Lo que parece indudable es que la taberna habrá pasado á otras manos.

—O habrán hecho casas en su lugar.

En aquel momento desembocaron en la calle de Grenelle.

—Ya hemos llegado—dijo Milón internándose en la calle.

El Cientodiecisiete le siguió.

A las once de la noche estaba siempre desierto el barrio de Gros-Caillou, porque hacía mucho rato que los soldados estaban en el cuartel, y las tiendas cerradas lo mismo que las casas. No había ni un gato en la calle de Grenelle, y sólo se veía á lo lejos una farola verde que cambiaba de sitio.

—Dejemos que pase el ómnibus—dijo Milón señalándola y deteniéndose.

No bien pasó el ómnibus, los dos supuestos albañiles prosiguieron su camino.

Milón se detuvo de nuevo.

—Aquí es—dijo señalando á dos casas nuevas y como gemelas de las que una tenía un tinte más grisiento, y la otra estaba emplazada en el solar ocupado en otro tiempo por la taberna.

El coloso se fué á colocar delante de la primera y dijo en voz baja al Cientodiecisiete:

—¡Aquí está el dinero!

X

La calle de Grenelle quedó tan desierta después de pasar el ómnibus, como el cementerio del Padre Lachaise ó el de Montmartre.

Milón se bajó y tocó con las manos los barrotes de hierro de un tragaluz.

—No es fácil entrar—dijo,—y aquí está.

—Explícame lo que piensas hacer—dijo el Cientodiecisiete.

—Es muy sencillo—dijo Milón,—vengo provisto de los útiles necesarios.

—¿Qué útiles?

—Una lima.

—¿Y qué más?

—Una palanca para levantar la piedra.

—¿Eso es todo?—preguntó el Cientodiecisiete sonriendo.

—Traigo, además, una cuerda atada á la cintura.

—¿Para qué?

—Para bajar á la cueva y poder subir luego.

—Perfectamente; pero antes de pasar adelante, vamos á sentarnos en aquella piedra.

Milón miró al amo con asombro.

—Sígueme—le dijo éste con autoridad.

Milón le siguió.

El Cientodiecisiete sacó del bolsillo una pipa, la cargó y la encendió tranquilamente.

—Tenemos en realidad,—dijo—el aspecto de unos albañiles que salen de echar unas copas de alguna taberna de los alrededores.

Milón esperó á que se explicase el Cientodiecisiete.

Este encendió su pipa, y hasta que echó al aire la tercera bocanada de humo no se decidió á hablar.

—¿Cuánto tiempo hace que salistes de París?

—Hace once años—contestó el coloso.

—¿Sabes cuántos agentes de policía hay en París?

—Puede que haya doscientos ó trescientos.....

—Hay dos mil, y en cada barrio una prevención.

—Bueno, pero yo trabajaré y mientras tanto estaréis al cuidado,—dijo Milón.

—Pero supongamos que nos sorprenden.

—¡Diablo!

—Volveremos á presidio por tentativa de robo con fractura.

—Pero como el dinero es nuestro no es un robo.

—Si puedes probar eso á la justicia cuando haya metido las narices en tus asuetos que efectivamente es tuyo, será señal de que eres muy listo.

—Si no es nuestro, es de las niñas....

—Sea.

—Y lo necesitamos.

—No digo que no. Solo que me parece inútil exponernos á hacer un nuevo viaje al mediodía de Francia, cuando venimos á pasar el invierno en París.

—No encuentro otro medio de penetrar en la cueva, y apoderarnos de la arquilla.

—¿Es que acaso hace seis meses, encontrabas medio de salir de presidio?

—Es verdad.

—Además, ¿no hemos convenido en que tu serías el brazo y yo la cabeza de nuestra asociación?

Milón bajó la cabeza con humildad, diciendo:

—Soy un imbécil. Perdonadme.

—A condición de que me obedezcas.

—¿No soy vuestro esclavo?

—Ahora ven,—dijo el Cientodiecisiete, llevándole delante de la puerta de la casa, en uno de cuyos muros había muchos pedazos de papel á medio pegar.

—No habrá ciertamente portero más descuidado en París. El día menos pensado le robarán sus anuncios.

—Es verdad,—dijo inocentemente Milón. Debía retirarlos de noche.

—Le despediré,—dijo friamente el Cientodiecisiete.

—¡Vos!—exclamó estupefacto Milón.

—Sin duda, como propietario de la casa que seré.

—¿Pensáis comprarla?

—Mañana mismo. Es el medio más seguro de penetrar en la cueva y revolver ésta de arriba á abajo, si se me antoja, sin que nadie pueda decir nada.

—¿Pero cómo la pagaremos? — preguntó Milón.

—¿No hay un millón en caja?

—Sí.

—Le colocaremos en la compra de la casa. Lo mismo da en eso que en otra cosa.

—No os comprendo amo. Para pagar la casa se necesita dinero.

—Te engañas. No se compra una casa como un chaleco, dinero en mano. Hay el plazo legal de espera que dura tres meses, y se puede pactar en la escritura el que se entre en el acto en el goce de la finca.

—Pero para eso es preciso inspirar confianza.

—¡Imbécil! ¿no soy el mayor Avatar gran señor ruso?—dijo el Cientodiecisiete.

—Sí.

—Con estas condiciones la mitad de París me vendería la otra otra mitad á crédito.

—Pero, ¿y si no se vende la casa?

—¿No has leído esos anuncios?

—Sí.

—Bien; principiaremos porque tú alquiles una habitación con granero y cueva. Si la cueva que corresponde á la habitación no es la que necesitamos, recurriremos á nuestro antiguo oficio, y todo será que corramos el riesgo de un par de meses de correccional.

—Para todo tenéis contestación,—dijo humildemente Milón.

—Procura imitarme,—dijo el Cientodiecisiete, que cogió del brazo á su antiguo compañero de cadena y le arrastró de nuevo hacia el Campo de Marte.—Has olvidado una cosa.

—¿Cuál?

—Decirme el nombre de las niñas.

—Una, la morena, Antonieta; y otra, la rubia, Magdalena.

—Pero.... el apellido....

—No deben saberlo, porque la señora las llevó al colegio sin querérselo decir.

—Pero ¿lo sabes tú?

—Sí; la señora se llamaba la baronesa de Miller, título alemán.

—¿Y sus hermanos?

—No lo sé; la señora no hablaba nunca de ellos.

—Pero cuando te condenaron, ¿no oiste pronunciar sus nombres?

—Sí, pero lo he olvidado. Todo lo que recuerdo es que uno de ellos se llamaba Cárlos.

—Pobre amigo mío,—dijo el Cientodiecisiete;—dá gracias á que yo haya tomado cartas en el juego, porque solo, no habrías adelantado ni un paso.

—Soy muy bruto,—dijo Milón con sencillez.

—Debes recordar la calle en que vivía tu señora.

—Sí, calle de Vernouil.

—Vamos á la calle de Vernouil—dijo el Cientodiecisiete.

—¡Cómo! ¿Nos vamos?—dijo suspirando Milón.

—¿Quién lo duda?

—¿Y si de hoy á mañana robaran la arquilla?

El Cientodiecisiete se encogió de hombros.

—Hace diez años que está ahí.

Atravesaron el Campo de Marte, la esplanada de los Inválidos, y entraron en la calle de la Universidad.

Milón se dió una palmada en la frente.

—Ya sé porqué vamos á la calle de Vernouil,—dijo.

¿Sí? —contestó el Cientodiecisiete sonriendo.

—Los hermanos de la señora la han heredado y deben vivir en el hotel.

—Pudieron también haberlo vendido.

Llegaron á la calle Vernouil.

Milón iba delante como un perro de caza que sigue la pista.

—No conozco el hotel,—dijo.

—Yo sí,—dijo el Cientodiecisiete.—Lo derribaron y construyeron una casa de seis pisos.

—En ese caso....

—Mañana proseguiremos nuestras pesquisas. Vámonos, Noel nos espera.

Siguieron la calle de la Universidad, entraron en la de Jacob, se internaron en la de la Escuela de Medicina y se detuvieron en mitad de la Serpiente.

El Cientodiecisiete se acercó á la apolillada puerta de una casa que había debido ser un hotel, y llamó. Oyóse ruido en el portal.

—¿Quién?—preguntó una voz en el interior.

—Los amigos del Lemosino,—contestó el Cientodiecisiete.

La puerta se abrió, y Cocorico, el antiguo herrero de presidio, salió á recibir al amo.

XI.

Hacía tres días que Antonieta se había desmayado al oír decir á la señora Raynaud que Paulina Beaurevert había muerto hacía diez años.

La pobre impedida pidió socorro, acudieron los vecinos y se prodigaron á la joven toda clase de cuidados; pero la causa de su desmayo fué un misterio para todos.

En tres días Antonieta cambió tan completamente como si hubiera sufrido una grave enfermedad.

Pálida, con la mirada apagada, estremecíase al menor ruido y tenía siempre delante de los ojos á aquel hombre que había querido especular con su miseria.

¡Había hecho uso de aquel dinero! Y cuando aquel hombre volviese, no podría devolvérselo, porque volvería seguramente cualquier día. Antonieta sabía ya lo que era la vida para no dudarlo, para reclamar el precio de sus servicios. No podría devolverle la cantidad completa porque solo la habían quedado quinientos francos que guardaba en el fondo de un cajón, como si la hiciera daño tocar aquel dinero,

Prosiguió su trabajo con más ardor que nunca, prolongando los días y acortando las noches.

El señor Rousselet que le había ido tomando afición al negocio de las traducciones, volvió á visitarla llevándola una voluminosa novela inglesa en la que se contaba, en cuatrocientas páginas aburridas y pesadas como ellas solas, la vida de un perfecto gentleman y de una vaporosa lady, sazonándola á cada capítulo con tostadas de manteca, té y sandwiches. En las novelas inglesas se come mucho.

—Voy á hacer una locura, pero estoy en vena,—dijo á Antonieta;—si antes de que termine la semana me entregáis este tomo, os daré trescientos francos.

—¡Trescientos francos! Si tarda ese hombre en venir ocho días, me he salvado,—se dijo Antonieta, y se puso á trabajar. Se acostaba á las doce y se levantaba á las cuatro de la madrugada.

Cobró cien francos de lecciones y además tenía la esperanza de que su carta se cruzaría con la de su hermana que solía enviarle cien francos.

¡Oh! Entonces sería necesario que encontrase al hombre que había tenido la audacia de engañarla. Se acordaba de su nombre y recorría todo París para encontrarle y obligarle á recibir aquel dinero.

Comenzó el cuarto día sin tener noticia de Agenor.

—¡Oh! ¡Si tardará tres días en venir!—se dijo.—¡Tres días!

XII.

La portera subió á las siete de la mañana, como tenía de costumbre.

Desde que se ocupaba del arreglo de la modesta habitación de las dos mujeres, habíase acostumbrado á calcular casi con exactitud por el número de cuartillas amontonadas sobre la mesa, la hora á que se había levantado Antonieta.

—Buenos días señorita,—dijo á Antonieta,—debéis haberos levantado antes de las cuatro.

—Es posible,—dijo Antonieta;—me urge mucho terminar este trabajo.

La honrada mujer respetaba mucho á Antonieta, pero la trataba con cierta familiaridad.

—Señorita,—dijo apoyando la mano en la mesa,—ya sabéis lo mucho que os apreciamos mi marido y yo.

—Lo sé,—dijo Antonieta,—y no olvidaré nunca lo que habeis habeis hecho por mí.

—Pues bien,—continuó la señora Felipa,—mi marido y yo decíamos anoche al acostarnos que tenéis un nuevo disgusto. Volvisteis el otro día con bastante dinero....

—¡Callad en nombre del cielo!—exclamó Antonieta.

—Perdonadme si os disgusté algo,—dijo la portera,—pues no lo hice á mal, ¡Si mi marido y yo pudiéramos serviros de algo! Mi hermano ha vuelto ya, y está á vuestras órdenes.

—Gracias; pero os equivocais, no tengo ningún disgusto y no necesito nada,—contestó Antonieta y una lágrima cayó de sus ojos á la cuartilla que estaba escribiendo.

—Haceis mal, muy mal, señorita, en desconfiar de nosotros porque os queremos mucho.

Antonieta tendió la mano á la portera y la dijo:

—Voy á contaros lo que me pasa.

Y la refirió su singular encuentro con el señor Agenor de Morlux, la historia del billete de mil francos, la mentira de que se había valido para que los aceptára y las mortales angustias que le acosaban de día y de noche.

La señora Felipe, no tenía la excesiva delicadeza de Antonieta, y dijo:

—Apostaría la cabeza á que esa aventura termina muy bien.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Antonieta temblando.

—¡El señor Agenor de Morlux!.... Yo conozco ese nombre.... Sí, sí, es un joven muy rico,—dijo la portera sin abandonar su idea.

—Debe serlo, — murmuró Antonieta, — cuando hace semejantes locuras.

—Creo que mi marido conoce á su ayuda de cámara.

La frente contraida de Antonieta se despejó un tanto.

—Entonces sabremos fácilmente donde vive ese señor,—dijo.

—Ya lo creo.

—¡Tres días más!—murmuró Antonieta.

La señora Felipe no comprendió esta exclamación y continuando su pensamiento, añadió:

—Cosas más extrañas se han visto,—dijo.

—No os comprendo.

—El señor Agenor es rico....

—¿Y qué?

—Bastante rico para dos

—No comprendo....—dijo la joven.

—Cuando no se abrigan buenas intenciones, no se arrojan los billetes de mil francos por la ventana....

—¿Qué quereis decir?—preguntó Antonieta que no se atrevía á comprender.

—¿Por qué no se había de haber enamorado de vos cuando sois tan bonita y honrada y además tan bien educada que se diría que sois una princesa?—dijo la portera con ingénuo entusiasmo.—¿Por qué no se ha de casar con vos puesto que sois hija de una buena casa?

Las mejillas de Antonieta se coloraron fuertemente, y su enojo hácia el desconocido se calmó un tanto.

Pero no tardó en palidecer de nuevo, y murmuró con amargura.

—¡Un hombre tan rico no se casa con una mujer tan pobre como yo!

—¿Por qué? Yo tenía con que vivir, y sin embargo me casé en segundas nupcias con él que hoy es mi marido, no teniendo, como no tenía, más que dos brazos para trabajar, treinta y dos dientes para comer y dos ojos para llorar, y sin embargo yo tenía un establecimiento y pagaba contribución!

Y la portera se irguió con un muy natural sentimiento de orgullo.

—¡Ah!—dijo Antonieta dando tregua á la amargura de sus pensamientos;—¿eraís viuda cuando os casasteis con el señor Felipe?

—Si, señora, y estaba establecida. Tenía una tienda de vinos y licores en el Gros-Caillou, calle de Grenelle. Todos los trabajadores del barrio comian en mi casa. Pero los tiempos cambiaron; desaparecieron los ahorros. Un día nos despertamos arruinados.

—¡Pobres gentes!—exclamó Antonieta, olvidando su propia miseria.

—Afortunadamente encontramos esta portería. Pero esto no hace al caso.... Creo que el señor Agenor....

—¡Callad! ¡Callad!

—Si me pide informes, yo sé lo que he de decirle.

En toda la tierra no encontrará una mujer, una perla como la señorita Antonieta.

El reloj dió las ocho é interrumpió á la portera.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta dando discretos golpecitos.

Antonieta se volvió, y se puso otra vez pálida como un cadáver.

Era el señor Felipe, que la presentó dos cartas.

Una tenía sello y la otra estaba cerrada con lacre y estampado en éste, veíase un escudo. Al abrir la primera, exclamó Antonieta:

—¡Es de Magdalena!

No se atrevió á abrir la segunda.

—Apostaría,—dijo la señora Felipe,—á que es del señor Agenor de Morlux.

XIII

Después de entregar las dos cartas, se retiró el señor Felipe.

Su esposa oyó la voz de la señora Raynaud que la llamaba, y se marchó también.

Antonieta se quedó sola.

Cogió las dos cartas y las miró sin abrirlas, al mismo tiempo que experimentaba un violento temblor nervioso.

¿De quién era la que tenía un blasón estampado en el lacre?

¿De dónde procedía?

Le sucedía que, algunas veces recibía cartas que, á primera vista, no sabía de quién eran y que procedían de los padres de sus discípulas ó también de alguna antigua amiga de colegio; pero en ese caso abría la carta con un sentimiento de frívola curiosidad, mientras que con aquellas otras que llevaban los sellos de correo rusos, las de Magdalena, lo hacía con impaciente alegría.

Y, sin embargo, aquel día no fué la carta de Magdalena la que abrió la primera, sino la cerrada con lacre, la desconocida.

Era una carta correcta, de una letra ancha y clara que revelaba la mano de un hombre, y antes de leerla apresuróse á buscar la firma que era la de *el barón Agenor de Morlux.*

Una nube pasó por delante de sus ojos, y su corazón se oprimió fuertemeute.

Leyó no obstante.

Leyó, porque la curiosidad es un sentimiento instintivo en la mujer, del que nada puede triunfar.

Leyó, porque una voz secreta le decía al mismo tiempo que el hombre que firmaba aquella carta estaba llamado á representar algún extraño papel en su vida.

La carta de Agenor era sumamente respetuosa.

«Señorita,—decía,—los designios de la Providencia son impenetrables.

»Perdí á mi madre cuando me hallaba aún en la cuna; emancipado á los diez y ocho años por mi padre, que tenía que pensar en sus placeres y encontraba demasiado pesada mi tutela, soy, desde esta edad en la que el hombre no es más que un niño grande, árbitro absoluto de mi destino.

»Tengo hoy veinticinco años, cincuenta mil libras de renta y un título tan linajudo como auténtico, y estoy solo en la vida como un pobre derviche en el desierto dando vueltas sobre mí mismo y preguntándome si la vida no tiene cosas más serias, más elevadas que la existencia pasada en el club, las apuestas mútuas, las carreras de caballos, las dolorosas alegrías que proporciona el juego del azar ó los placeres que dan esas criaturas que no tienen de mujer más que el nombre.

»Una antigua amiga de mi familia, que por placer, inclinación, y quien sabe si por algo de interés, se dedica á casamentera, tuvo la idea de presentarme en una sociedad muy elegante, distinguida y aristocrática, en la que las solteras eran tan numerosas como los granos de arena en las orillas del mar.

»Vi allí mujeres rubias y morenas, perfectamente hermosas, y algunas que recordaban á esa antigua diosa que se llamó Juno.

»Casi todas tocaban el piano con perfección, hablaban de trajes como una modista, sabían de memoria el nombre de todos los secretarios de embajada, y se informaban de si el hombre que las presentaban ha sido tan poco diestro que se ha roto algo en algún *steeple chase*, y si podía dar á su esposa diamantes presentables y caballos de una media sangre auténtica. Entre los jóvenes que frecuentan la buena sociedad hay tantos á quienes pueden hacer felices, que comprendí que eran incapaces de hacerme dichoso á mí.

»Me retiré, cansado de todo, al desierto de mi corazón, misántropo antes de tiempo, y en ese desierto la visita de un hada haría nacer flores.

»Una mañana, á la hora en que el París que se divierte va á acostarse, apareció una estrella luminosa en el cielo de mi vida.

»¿No adivináis que estrella es esa?

»Fué la lámpara del angel laborioso que sostiene con su trabajo á una anciana enferma y desvalida.

»No os hablaré de su hermosura; sino solamente de su corazón.

»¡Oh! ¡Si esta mujer quisiera, sería la mejor de las esposas!

»¿Mereceré yo la ventura de alcanzarla?

»No me atrevo á creerlo, ni á esperarlo, y sin embargo, mi corazón se sobrepone á mi inteligencia, y os escribo poniéndome á vuestros piés y pidiéndoos perdón de una mentira inocente.

»¿Me lo negaréis, señorita?

»Vuestro admirador,

AGENOR DE MORLUX.